



Prefacio para un libro de cuentos

DURANTE largos años, sólo vi a Ricardo Navia por contados instantes. Apenas cambiábamos un saludo, cuando él ya estaba informándose que tenía un pie en la frontera, para un viaje largo.

Desaparecía, y al me presente la razón de su constante desplazamiento, había de convenir en que no le impedían la política, para emprender una "guerra continental", pues, aunque militante de un partido, nunca ha ocupado una secretaría o una diputación.

Tampoco le impedía, una ración deportiva, ya que jamás ha sido ni back ni wing derecho en un destacado equipo chileno.

¿La necesidad sería el comercio? Tampoco, pues el mismo me ha dicho que, por años, recorrió América como un "faite" de los buenos tiempos, vendiendo libros, carteras de señora, relojes y blues jazz, una venta que, como se sabe, produce más ganancias en los pies que dinero en las manos.

¿Anhelos de gloria literaria, entonces? Aún de ser cotizado continentalmente? No, ni mucho menos, porque, por extraña paradoja, este escritor siempre se ha dedicado por la existencia "como el no escritor", siempre de soslayo a las bellas letras, a cada momento dando el paso y animando a los restantes escritores, sin preocuparse, en lo más mínimo, por levantarse su pedestal.

Nació en 1906, y no digo que desde la cuna haya estado viajando, pero casi.

Ha vivido en un extraño pueblo, limitrofe entre Brasil y Uruguay. Del lado brasileño, la población se llama Santa Ana de Livramento, en esta acera, y en la otra del frente —la que pertenece a los charrúas— recibe el nombre de Rivera.

Después se trasladó al interior del Brasil, cruzando la calle, en alta selva, en la inabundante Ponta Grossa.

Luego, en otra ciudad de esa nación, trabajó como "almoxarife", sólo así como obrero de la construcción.

En Paraguay fue agente de seguros, en Argentina fue corresponsal, en Paraguay... Pero no seguimos este minucioso itinerario de Ricardo Navia.

Entonces, ¿por qué los viajes, si no era por la política, por el deporte, por el comercio, por la literatura?

No esó que la razón la conozca ni el mismo viajante, a menos que todo esto no se explique por la necesidad del viaje en sí, por el vértigo del desplazamiento. Recordemos la afirmación de Kundera: "los verdaderos viajeros son sólo aquellos que parten por partir".

De vez en cuando, entre una estación de ferrocarril y un aeropuerto, Ricardo Navia se dio cuenta para sacar de sus maletas unas eternos ropajes ("overs", decían entre acostumbrados e irritados los aduaneros) y publicarlos: "Las cubas trágicas", "Morir, morir", "Las horas caídas a pie", "De lo profundo", valiosos testimonios de su obra creadora, pero en los cuales no se reflejaban, sino muy mínimamente, los recuerdos de los países recorridos.

de Alma Lladell reza en poema.

Pues bien, el otro invierno Ricardo Navia era propietario de un automóvil muy extraño, mezcla de góndola veneciana y de aeroplano de 1906, en el cual hicimos un viaje por las calles santiaguinas, en una noche en que llovía a caños y a perros, como dicen los ingleses.

Allí descubrí la importancia de esa locueta combinación de deílín y góndola, pero el automóvil se desliza por el torrente de las aguas lluvias, con cañones de habos a estribos, pero sin perder su dignidad de góndola veneciana y, lo que es mejor, sin naufragar.

Cuando los obstáculos eran muchos y aparentemente insalvables, el automóvil volaba, no a demasiada altura del suelo, adonde, pero lo suficiente al para venir a aterrizar en un lugar más placentero, con una dignidad a lo Santos Dumont.

Allí me entregó Navia el manuscrito de estos relatos. Los leí aquella misma noche, de un trón, encontrándome de



CUENTISTA RICARDO NAVIA.
"La imaginación lo es todo".

golpe y portazo con un "escritor telégraf", para irse bajo el cielo y sobre la tierra.

Su actor no le había solicitado el título a ningún otro escritor para desarrollar sus relatos. Todos los había sacado de su imaginación. Los había extraído de una realidad que también era la suya, los había trasladado en salas de ópera, en andamios concretos, en camas de hospitales, en sueños que le pertenecían, y que nadie, sino él, podría soñar.

Dice Raymond Roussel, el genial autor todavía no descubierto, que él emprendió largos viajes: India, Australia,

Prefacio para un libro de cuentos [artículo] Braulio Arenas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arenas, Braulio, 1913-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Prefacio para un libro de cuentos [artículo] Braulio Arenas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile